

14-II-85

## Desde Washington

# Un Fracaso Histórico

POR LORENZO MEYER

**E**N algunos círculos gubernamentales de México se ha tomado muy a mal la forma como ciertos ciudadanos de Piedras Negras mostraron su inconformidad ante el supuesto triunfo del candidato oficial en las elecciones locales. Entiendo que el disgusto se debe tanto a la forma de la protesta —un tanto fogosa y poco elegante—, como al hecho de que ésta dio pie para que los medios masivos de comunicación de Estados Unidos difundieran noticias e imágenes de México que el público internacional generalmente asocia con países como Chile, Perú o las Filipinas, pero no con nosotros.

Desafortunadamente para quienes se preocupan por el mantenimiento de una buena imagen oficial en el exterior, la cosa amenaza con repetirse. En efecto, incluso diarios locales de ciudades estadounidenses no muy importantes, han asignado reporteros para que sigan muy de cerca el "asunto mexicano", por lo menos hasta que se efectúen las elecciones federales y para gobernadores en este año.

¿A qué se debe el súbito interés de unos y la consiguiente irritación de otros? Después de todo, las elecciones en cuestión ni siquiera son presidenciales. Hasta hace bien poco, a la opinión pública internacional le tenían sin cuidado los procesos electorales mexicanos. Eran bien sabido que éstos nada decidían, y que sus resultados eran tan monótonos y predecibles como los de las elecciones en la Unión Soviética. Sin embargo, la situación parece estar cambiando. Hay suspenso.

★

**L**A razón del cambio reside en que estamos viviendo el momento en que se ha hecho claro el fracaso histórico de la actual clase gobernante mexicana. Quizá la mayoría aún no esté consciente del hecho y su significado, pero lo intuye. Sólo la ausencia de una oposición electoral efectiva permite que sigan ejerciendo el poder quienes han fallado tan rotundamente en tener éxito en un proyecto que ellos mismos diseñaron.

El grupo que se ha mantenido en el poder desde el inicio de la época posrevolucionaria, vuelve a dar muestras de irritación y nerviosismo ante quienes ponen en duda su derecho a gobernar. Y es comprensible que así sea, pues se

siente amenazado. Lo paradójico de la situación es que, por ahora, la amenaza proviene de aquella zona del espectro político que le resulta más familiar a nuestros gobernantes: la derecha. Desgraciadamente, en este momento la izquierda se encuentra imposibilitada de ofrecer a la sociedad mexicana una alternativa viable de liderazgo. La derecha está recogiendo el fruto de una persistencia ejemplar en tanto que la izquierda

sufre el resultado de no haber resistido la tentación de buscar la cercanía con quienes, hasta no hace mucho, parecían decidirlo todo.

Quizá me equivoque, pero sospecho que la crisis de 1982 se está convirtiendo en las Malvinas del prisma. En su afán de salvarse históricamente y en el último momento, los generales argentinos eligieron el dónde y el cómo de su gran jugada, y apostaron todo a su capacidad como militares nacionalistas frente al imperialismo británico.

★

**E**N México, después del 2 de octubre de 1968 y tras el fallido intento de Luis Echeverría por revitalizar la herencia populista de la Revolución, la élite política mexicana eligió unir su suerte a la del petróleo. Consideró que el auge petrolero mundial le daba la posibilidad de redimirse y de asegurar su suerte futura si se convertía en "administradora de la abundancia". Fue una apuesta, como la de los generales argentinos, pero como ellos, los gobernantes mexicanos también fallaron.

En política, nos dijo Maquiavelo, los fines justifican los medios. Sin embargo, cuando se fracasa en los fines se fracasa en todo, completamente. En la medida en que el autoritarismo mexicano posrevolucionario cumplió con sus fines —es decir, en la medida en que su modelo de desarrollo funcionó—, sus aspectos antidemocráticos, sus ineficiencias y su corrupción, fueron tolerados por la mayoría. Pero ahora que la promesa se ha roto, ahora que es obvio que por mucho tiempo vamos a vivir en el subdesarrollo, quienes nos gobiernan han perdido su razón de ser como dirigentes, su legitimidad.

Cuando los sistemas autoritarios de Iberoamérica han confrontado los límites de sus posibilidades, han tenido que decidirse por uno de dos caminos: abrir

el juego democrático y correr el riesgo de un cambio de liderazgo —Argentina, Uruguay y Brasil—, o plantarse contra viento y marea y usar cualquier medio antes que permitir que el poder se les escape de las manos. Chile es el mejor ejemplo de este camino.

En el desastroso final de López Portillo se nos aseguró que el pago que la élite priísta estaba dispuesta a hacer en vista de la magnitud de sus errores, era "renovarse moralmente" y permitir que por primera vez la arena electoral adquiriera su verdadero sentido. Es necesario que tal promesa se cumpla por el bien de casi todos. La estabilidad es lo único que realmente ha distinguido al México posrevolucionario del resto de América Latina. No es justo —ni inteligente— que nuestra clase política nos quiera quitar también esto. No debe abrirse la más remota posibilidad a una chilénización de México.